

# APUNTES

Tomo V

38

1.º DE MARZO DE 1939

## *El Gran Premio*

Noviembre 11 de 1938.

Señor don Elías Jiménez Rojas,

Presente.

Mi estimado don Elías:

Acabo de leer los APUNTES, del 31 del pasado; y si es un deber de conciencia dar siquiera las gracias a aquel de quien se recibe un favor, yo debo dárselas—y se las doy emocionado,—por el placer intelectual que me ha brindado ese último número de su revista. APUNTES son sólidos puntales repartidos entre sus lectores, para

sostén de toda vida digna de ser vivida por hombres civilizados. Nos da usted, Mr. Bergeret costarricense, algo periódicamente que merece ser leído con fruición y provecho. Su tarea de divulgador de verdades e ideas justas ¿será trabajo perdido? Tal vez no. El viento no se lleva todas las simientes, que algunas caen en el terreno en que quiso el sembrador que cayeran. La labor de modificar la mentalidad y, sobre todo, las voliciones de los hombres, es muy ingrata y, al parecer, poco o nada se avanza—el caso de Costa Rica es buen ejemplo—; pero, al fin y al cabo, en las sociedades es necesaria. Se ha consagrado usted a ella toda su vida, y no se cansa; bendito sea usted.

Su atento servidor y afectísimo amigo,

RICARDO JIMENEZ

DEL DOCTOR ZAMBRANA

## *Victor Hugo*

(Discurso. Año 1902).

El siglo pasado tenía dos años, lo dijo el mismo Hugo en versos, como suyos, inolvidables, cuando nació en Francia el último gran poeta lírico que tendrá probablemente el mundo. La amplitud de su canto, los tesoros de música de su lira, su ciencia profunda de la lengua del entusiasmo, las maravillas de su fantasía,—caleidoscopio gigantesco en que todas las escenas de la naturaleza y todas las emociones del pensamiento trazaron imágenes excelsas,—todas las singulares condiciones exteriores,—así las considero,—de su talento de poeta hubieran sido suficientes para títulos de una gloria sin par en el dominio de lo que se llama el arte puro, el arte sin trascendencia,—él mismo inventó la frase,—el arte por el arte. La Francia estaría con sólo eso orgullosa de su nombre, y el mundo lo recordaría con pasmo de admiración; esta fiesta solemne se hubiera dado siempre, quizás con sólo eso; pero no sería el humilde orador que os habla quien hubiera venido, en tal caso, a ejercer el ministerio de la palabra en este día. Entiendo que estamos aquí, y es bueno decirlo desde el principio, para hacer homenaje al pen-

sador antes que al artista, al que estremeció con su palabra emocionada las entrañas de su época, sembrando la piedad en los corazones, al autor de la *Oración por Todos*, al creador de Fantina, de Juan Valjean y de Bienvenido Myriel, al que sobre las alturas que sólo su genio,—es verdad,—hubiera podido erigir en medio del mercantilismo de la sociedad moderna, se puso de rodillas para pedir a Rusia que emancipara a Polonia, a Francia que hiciera la República y al mundo que desarmara el cadalso. Su obra fue inmensa. Niño sublime lo llamó la primera autoridad literaria de la época cuando salieron a la luz sus primeras odas,—a la manera que en bosque largo tiempo silencioso se oye de súbito la melodía del ruiñón,—y después de los ochenta años todavía las musas acudían a su reclamo. A vuestra memoria,—estoy cierto de ello,—vienen en estos instantes los nombres sonoros de aquellos volúmenes de versos que Europa y América se arrebatában de las manos para aprenderlos de memoria: *Odas y Baladas, las Orientales, las Hojas de Otoño, los Cantos del Crepúsculo, las Contemplaciones, las Canciones de calles y de bosques, La leyenda de los siglos, los Castigos, el Año Terrible, el Arte de ser abuelo, los Cuatro vientos del espíritu, Toda la lira*, y a través de eso, como si no hubiera faena bastante en aquellos torrentes de armonía. las novelas que empiezan con *Bug Jargal* y el *Han de Islandia*, para llegar primero a

*Nuestra Señora de París* y más tarde a *Los Miserables*, *los Trabajadores del mar*, *El hombre que ríe*, *Noventa y tres*; los libros, folletos y discursos *Claudio Guex*, *El último día de un condenado*, *Napoleón el pequeño*, *Antes del destierro*, *Guillermo Shakespeare*, *Durante el destierro*, *Después del destierro*, y en esta materia no quiero mencionarlo todo, ni siquiera los folletos en verso, y aparte, y a veces por encima de eso, la obra del dramaturgo, suficiente para una vida como labor y para una gloria como éxito: *Hernani*, *María Tudor*, *Marion de Lorme*, *Cromwell*, *Los Burgraves*, *El Rey se divierte*, *Tisbe*, *Ruy Blas*, la formidable *Lucrecia Borgia*, y ya junto al sepulcro, *Torquemada*.

Las variaciones progresivas de su pensamiento,—lo que el vulgo necio llamaba sus inconsecuencias,—fueron muy atacadas; empezó su tarea como monárquico ferviente y al morir bien podía mirársele como socialista: él mismo ha parecido querer retratarse en aquel Mario de *Los Miserables*, hijo de una legitimista y de un bonapartista, exactamente como Hugo, que pasa de la fe de su madre a la de su padre antes de llegar a ser republicano. Portaestandarte en Francia del siglo XIX, su pensamiento sufrió los vaivenes de su tiempo; experimentó la piedad profunda con que la Francia después de la fiebre revolucionaria y la epilepsia de la época imperial, se empeñó por una hora en restaurar la venerable

monarquía del pasado y el templo derruido de las viejas creencias; sufrió el hechizo de aquella empresa curiosa que deslumbró al mismo Lafayette: la monarquía democrática de Luis Felipe; contribuyó como poeta, sin prestar su complicidad como hombre político, a la construcción del segundo imperio, entre cuyos sillares no puede menos de distinguir la mirada del crítico hermosos versos suyos y grandes trozos de su prosa ciclópea, y desterrado como republicano el día en que, según sus ardientes palabras, «al asesinar la democracia, asesinó Luis Napoleón su propio juramento», el que había prestado como Presidente de la República, fue fiel hasta su último suspiro al noble ideal que consiste en que los pueblos se gobiernen por sí mismos, en que las aristocracias desaparezcan, en que los hombres vivan como hermanos, en que el Evangelio sea la carta fundamental de la sociedad, en que los continentes formen federaciones de democracias, en que no haya plebes ni feudalismos, en que las razas se den la mano, los caídos se levanten y surja de todos los ámbitos del planeta el himno del trabajo y la concordia: «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Acabo de pronunciar una palabra sobre la cual es bueno que me explique. Víctor Hugo creía en Dios, creía en el espíritu, creía en la inmortalidad personal del pensamiento. Los que

nos empeñamos, sin pretender descifrar los misterios que esas creencias dan por resueltos, en la libertad y la iluminación de los hombres, no podemos ver como perniciosas esas ilusiones en creyentes que, como él, sacan de tales dogmas el elevado idealismo de su vida, la fraternidad universal como inspiración perenne de su obra, y una tolerancia característica, tan honda como amplia, con respecto a todos los credos. La fe definitiva del gran poeta no se encerraba en ningún santuario: su templo era la naturaleza entera, su Dios era el del Cristo al mismo tiempo que el de Buda. En el punto en que concluye la percepción de la inteligencia para nosotros, empezaba para su imaginación un cosmos lleno de visiones sublimes, los fantasmas de los cuales comunicaban a su genio una fuerza incomparable para elevar y ennoblecer la visión de la vida. Aun los menos dispuestos a entregarnos a esas embriagueces, debemos al bardo de que os hablo muchas horas de letargo delicioso en que se olvida el dolor de la vida y en que las miserias de la realidad se velan con vapores fúlgidos. Todas las generaciones de jóvenes y de adolescentes de la segunda mitad del siglo recién pasado le deben a Hugo lo mejor de sus generosos arrebatos y de sus abnegaciones sublimes. Sus libros, sus versos lo mismo que su prosa, han hecho, aun para los no creyentes, el papel de evangelios fortificantes, que daban a todas las

buenas causas de que el servicio del bien y de la verdad dependen, un resplandor de belleza y una inspiración de entusiasmo capaces de formar, como lo han formado, una religión nueva: la que consiste en buscar la verdad, en practicar la justicia, en querer la libertad, en procurar el progreso, en sentir por el universo una piedad profunda y en sumergirse en las traiciones de la vida lo mismo que en las emboscadas de la muerte, con la frente alta, sin pedirle al infinito su secreto, como gladiador vencido que no saludara al César caprichoso al caer a sus pies, sobre la arena; no como rebeldes frente a la causa incógnita del universo, sino como soldados que para cumplir la consigna del deber no aguardan que el director de la guerra les revele la secreta intención de la batalla.

Ser el primer poeta lírico del mundo, y en mi concepto, el primer poeta lírico de la historia; haber producido en el teatro y en la novela creaciones singulares por la potencia imaginativa que revelan y por detalles de una hermosura sin rival; haber dicho en la tribuna frases de una elocuencia soberana; haber escrito cincuenta volúmenes de inspiración excelsa,—todo esto forma sólo, a mis ojos, el tema de los relieves que han de esculpirse en el pedestal de la columna. Vivió y murió como poeta: esta es su grandeza característica. Enseñó con su ejemplo no sólo el arte de ser abuelo, sino el de ser padre, el de ser esposo,

el de ser ciudadano, el de ser patriota, el de ser hombre; pues no fue sólo ciudadano de su país: fue como Sócrates, ciudadano del mundo. No hubo en la olímpica antigüedad griega poeta caballero sobre el *Pegaso* que llegase con tan majestuosa marcha o tan furiosa carrera a la altura del Pindo. Su vocabulario, sus frases, sus juegos de luz y de sombra, sus prodigios de pintura, la grandeza escultural de sus imágenes, la arquitectura, ya clásica, ya gótica, ya bizantina, de su obra, encierran enorme materia de estudio para los aficionados a tratar el pensamiento como tratan los naturalistas los insectos, a disecar las ideas, a rellenar con la paja de sus comentarios las frases muertas de los grandes hombres. Enrique Heine, el crítico de más talento que ha habido seguramente en el mundo, encontraba que carecía de gracia y de buen gusto. Hay pasajes de su obra, sin embargo, de una delicadeza exquisita, de una sobriedad suprema, de una ternura emocionadora a que nada puede compararse sin sacrilegio, y como otro crítico, inferior a Heine en el genio, pero superior en la perspicacia, el inolvidable Sainte-Beuve, lo hizo notar alguna vez, había en Hugo un león regio y poderoso, cuyo rugido sorprendente sonaba de pronto en su obra más mezquina, y al rey de la selva no es dable pedirle los suaves movimientos que en seres más humildes nos encantan: es indiscutible que si sus *Castigos* son dignos de Juvenal, hay pasajes de sus no-

velas y de sus versos,—algunos de los dedicados a la muerte de su hija, por ejemplo,—de una ternura penetrante, como dichos por una voz que velan las lágrimas; hay hechiceros movimientos de niño en algunos juegos de su ingenio; todo, en fin, menos la gracia desvergonzada, el cinismo desnudo, o la voluptuosidad latente. Decía Alejandro Dumas hijo, que él no podía encerrar el arte en los límites de lo que una niña de quince años no podía ver u oír sin ruborizarse; Víctor Hugo encerró el suyo,—que comparado con el de Dumas es como el Himalaya junto a la colina de Montmartre—dentro de esos límites estrechos. Fue casto como Virgilio, grandioso como Esquilo, sombrío como Dante, suave como Teócrito, desmesurado como Shakespeare, fecundo como Lope de Vega, titánicamente infantil como Homero.

✓ Su canto fue ya como el de órgano sonoro en catedral inmensa, ya como el de flauta cristalina que se oyera a la media noche entre las olas del océano, ya como el de la guzla enamorada junto a morisco alcázar, ya como el de trompa de guerra en la batalla; pero siempre fue casto y puro. El león, el águila, el océano desgañado por la tormenta, el bosque lleno de misterios, la montaña que rompe las nubes con la cresta, el torrente coronado de iris, el volcán con entrañas de fuego y penacho de humo, son las imágenes con que es lógico que nos represen-

temos su genio hurraño, extraordinario y rugiente; pero a través de aquellos arrebatos y convulsiones nos parece oír siempre una mujer que llora o un niño que canta y que se imponen como las primeras figuras del cuadro prodigioso que nuestra imaginación y la del poeta trazan de consuno; un mar encrespado que tiende la espalda dócilmente a la barca del pescador humilde, una avalancha que se detiene de súbito para no arrastrar a la destrucción un insecto, una llama que no consiente en quemar el ala de una mariposa: hé aquí las visiones que complacían a Víctor Hugo. Su musa ha sollozado con patética grandeza junto a todas las tristezas de la vida. Los débiles, los desesperados, los humildes, los oscuros eran, por decirlo así, tomados en los brazos y calentados junto al seno de la egregia hija de Apolo que estaba siempre cerca de él.

No retrata a la mujer perdida, Fantina, o al borracho, Grantaire, para que se admire su habilidad de pintor, como lo harían otros grandes escritores de nuestro tiempo, sino para arrancar a las entrañas del género humano un sollozo convulsivo. Va, en la historia del pensamiento, detrás de Cristo, con la lira en la mano, traduciendo a la lengua del arte las frases divinas de la misericordia infinita. Ha entusiasmado; pero, sobre todo, ha conmovido. Ante su genio, la historia admira; ante su ternura, la historia bendice y adora. «Yo no quería ser un grande hombre, ni

un hombre poderoso—decía él, sollozando en sus versos, cuando la muerte de su hija:—yo no quería ser sino un hombre oscuro que pasa por el camino de la vida llevando a su niña de la mano»: así ha quedado para siempre su imagen en el alcázar de la gloria.

---

---

A la memoria del Instituto Nacional  
de San José de Costa Rica (1875-1883).

### *El acto público del Instituto*

El acto de ayer ha sido el fin y brillante remate de los perseverantes trabajos del Instituto Nacional en el año que concluimos. El sacudimiento que este plantel hubo de sufrir en el curso que acaba de terminar, con la nueva organización que el Gobierno ha dado a los establecimientos de enseñanza secundaria, antes mantenidos a su costa, parecía haber, si no detenido por completo, desviado y obstruido, por lo menos, la antigua corriente. Pero, por fortuna, las dificultades y obstáculos de tan diverso género con que ha tenido que luchar el personal del Instituto, en vez de producir excusables desmayos, han sido acicate punzante, y los esfuerzos se han redoblado y la esperanza se ve hoy convertida en envidiable realidad, y jamás el Instituto ni

otro establecimiento alguno de los de su clase del país ha entrojado cosecha más abundosa ni de mejor condición.

A los que habíamos seguido paso a paso los exámenes privados, no nos sorprendió el lustre y calidad increíbles de los ejercicios del acto público; pero los que no estaban advertidos como nosotros, sí debieron asombrarse al ver el caudal de noticias exhibido por los alumnos y, más que todo, el gran desarrollo racional de que ellos dieron señalada prueba. Las Lenguas, tanto clásicas como modernas, la Historia, las Matemáticas, la Geografía, la Física, la Fisiología tuvieron esforzados, admirables justadores que el público coronó siempre con su aplauso.

Se ha venido haciendo al Instituto desde hace tiempo guerra tenaz y como de montaña. Contra esas partidas que lo atacan, partidas oscurecidas por los pliegues de su estandarte negro, ha librado ayer su batalla decisiva. La victoria ha recorrido todas sus filas. ¿Cómo no había de ser así? El Instituto defiende la causa santa: la libertad de consciencia y de pensamiento. Se le puede decir a él lo que el Pacificador de las Galias dijo al piloto del Epiro: «¿Por qué temes? Llevas a César».

Fue tan público el acto de ayer y tan incontrovertible el éxito, que no tememos la reserva que se pudiera hacer por alguien a nuestros juicios,

atendida la condición que tenemos de antiguos discípulos del Director del Instituto.

Quisiéramos que la verdad de nuestra palabra fuera realzada por la autoridad de un nombre, para que tuviera subido precio el homenaje que hoy rendimos al maestro ilustre que prepara el porvenir de la Patria, centuplicando el resorte del espíritu de sus alumnos, cincelando en la barra de oro de cada inteligencia virgen, vaso exquisito de arte, haciendo que cada alma de las confiadas a su celo llegue a ser un día una verdadera fuerza social por «su ciencia y su conciencia», lo único por lo que vale hoy un hombre, según la expresión de Gambetta, y que lleva a cabo la más oscura, al parecer, la más ímproba y más meritoria de cuantas tareas humanas hay: la iluminación de la juventud.

Por dicha ese valioso homenaje que quisiéramos ofrecerle, fue rendido ayer mismo por la primera autoridad en la materia entre nosotros, por el artista insigne y pensador eminente doctor Zambrana, quien en un ferviente discurso lleno de significación, prodigó al doctor Ferraz los elogios que merece, e hizo la defensa de su enseñanza haciendo la de los principios de Tolerancia y Libertad, que han bañado con su luz el siglo XIX más abundantemente que cualquiera otro siglo de la Historia.

La relampagueante palabra del orador penetró en todos los espíritus, produciendo ines-

perado entusiasmo, el cual estalló en prolongados aplausos que la interrumpieron varias veces y la cubrieron al concluir.

Bien descontentadizos han de ser el Director y Profesores del Instituto si no estiman compensadas sus fatigas con la brillante coronación de ayer.

San José, diciembre 12 de 1881.

RICARDO JIMENEZ

A los 22 años de edad

(*La Prensa*)

---

---

Artículos de *Universidad*, de México.

## *El Carácter Inglés*

Por ANDRÉ MAUROIS

Conferencia sustentada por el autor, en la *Université des Annales*, de París.

Analizámos recientemente los elementos históricos y geográficos que han contribuido a formar el carácter inglés. Nos proponemos, en esta ocasión, estudiar los efectos psicológicos de estas causas. Antes, quisiera tomar una precaución, y aun dos: la primera respecto a mis amigos ingleses que veo muy numerosos en esta sala. Ellos

saben muy bien que me merecen tanta estimación como amistad. Y no ignoran que voy a hablar con simpatía. Pero también voy a hablar, en cuanto de mí dependa, con verdad, y les ruego que no me guarden rencor, si, al lado de las luces del cuadro, aparecen también las indispensables sombras.

La segunda precaución consistirá en recordaros lo difícil de nuestro propósito: ¿El carácter inglés?... Pero ¿es que en realidad existe este carácter que tan temerariamente pretendemos describir? Existen millones de ingleses. ¿Se parecerá Mr. Baldwin a Mr. Churchill? ¿Mr. Churchill a Mr. Aldous Huxley? La respuesta, evidentemente, es negativa. Y, sin embargo, yo creo que entre millones de ingleses, como entre millones de franceses, existen cierto número de rasgos comunes. Sabemos que el albaricoquero producirá siempre albaricoques, nunca manzanas o peras. Del mismo modo, sabemos que un inglés, en casi todas las circunstancias de su vida, producirá reacciones inglesas, así como un francés reacciones francesas. Son estas reacciones, justamente, las que vamos a procurar describir aquí.

### *Un hombre feliz*

En ocasión anterior hicimos notar ya, que los ingleses han sido, a través de toda su historia, un pueblo feliz. Naturalmente esta amplia felici-

dad, este éxito constante, han producido efectos duraderos.

a) En primer lugar, la felicidad inspira necesariamente a una nación cierta confianza en la vida y cierto orgullo colectivo. El pueblo que ha gozado de tan larga dicha se cree un pueblo elegido, predilecto. Ya desde el siglo XVII, el poeta Milton afirmó que, cuando Dios quiere realizar sobre la tierra cualquiera obra grande, piensa siempre en los ingleses. Más tarde, Lord Curzon dedica un libro «a todos aquellos y aquellas que, como yo, creen que el Imperio británico, por designio de la Providencia, es la mayor fuerza que existe en el mundo para bien de la humanidad».

Esta certidumbre de que todas las cosas son mejores en Inglaterra, y de que es anormal cuanto se hace fuera de ella, es un sentimiento que en ocasiones se manifiesta de una manera bastante divertida. Existe una guía para viajeros ingleses que comienza con esta frase: «Todo inglés que viaje dentro del Continente, debe recordar que, fuera de las Islas Británicas, todos los choferes llevan sus coches por el lado malo de la carretera». ¿Por qué por el lado *malo*? Pues, únicamente, porque no es el lado inglés.

Algunas veces esta ingenua insularidad produce hermosos efectos que son grandemente útiles para el país. Por los días de la desvalorización de la moneda inglesa, me encontraba

yo en Inglaterra. Bruscamente la libra había bajado de 125 a 75 francos. Uno de mis amigos ingleses me preguntó:

—¿Qué ocurre en el Continente? Por todas partes las monedas continentales suben en este momento de una manera absurda.

—¡Cómo!—le contesté—no es que suban las monedas continentales, es que ha bajado la libra.

—¡Ah, nó!—repuso mi amigo, un tanto sorprendido—No. Eso es imposible; la libra *no puede* bajar. La libra es la libra.

Y de la misma manera, durante la Guerra, los oficiales y soldados ingleses, en los peores momentos—y aun en el horrible mes de marzo de 1918—cuando el frente acababa de ser roto, me decían insistentemente.

—Sin duda, venceremos. . .

Y yo contestaba:

—Así lo espero, así quiero creerlo... Pero... la situación es terrible.

—Sin duda—decíanme ellos—la situación es terrible; pero necesariamente venceremos: porque hemos vencido siempre y porque no hay razón para que hoy ya no sea así.

Esta certidumbre, esta confianza, son realmente fuerzas preciosas.

\*  
\* \*

b) Segundo rasgo: este orgullo colectivo engendra una gran modestia personal. Cuando un

pueblo siente el orgullo de ser él mismo, cuando siente el orgullo, a la vez que de su pasado, de su carácter y de sus instituciones, este pueblo no tiene esos complejos temibles que, en otros países, engendran peligrosas vanidades. Los individuos ingleses son extremadamente modestos. Cuando se encuentra uno con un inglés a quien le pregunta si sabe jugar al *tennis* y contesta negligentemente: «sí, un poco . . . En fin, por lo menos puedo devolver una bola de cuando en cuando», no podemos saber si, a lo mejor, no estamos hablando con el último campeón de la copa Davis.

Los ingleses sienten instintiva repugnancia por el profesional o, por lo menos, quieren que el profesional parezca un simple *amateur*. El político que ellos prefieren es siempre del tipo de aquel lord Hartington, cuyo célebre retrato, trazado por Lytton Strachey, voy a permitirme leerlos en seguida.

«Lord Hartington estaba cortado sobre el patrón que precisamente gusta más a sus compatriotas. No sólo porque era honrado, sino porque su honradez era una honradez inglesa, y los ingleses veían en lord Hartington, encarnadas y manifiestas, las cualidades que más llegan a su corazón: la imparcialidad, la solidez y el buen sentido. Todo lo que de él llegaba a saberse era un motivo más para que lo respetasen y admirasen. El entusiasmo que sentía por los deportes al aire libre, inspirábales un sentimiento de con-

fianza. Ciertamente era alguien aquel hombre que tenía dos ambiciones supremas: llegar a ser primer ministro y ganar el Derby, y que superaba la primera ambición a la segunda. Le amaban también porque era impuntual, porque se rehusaba a vivir como un cronómetro, porque solía hundir en el bolsillo de su saco un despacho oficial importantísimo y lo encontraba, cerrado todavía, dos días después. Amábanle también por la antipatía que le inspiraban los buenos sentimientos, según lo hizo patente en la respuesta que dió a un orador que en el curso de cierta ceremonia declaró que aquél había sido el día más feliz de su vida:

—En cuanto a mí, el día más feliz de mi vida fue aquel en que mi cerdo obtuvo un premio en la feria de Skipton.

Pero, más que nada, lo amaban porque sabía ser aburrido. Nada más tranquilizador que saber cómo, tratándose de lord Hartington, podían estar absolutamente seguros de que jamás, en ningún caso, se mostraría ni brillante, ni sutil, ni sorprendente, ni apasionado. Mientras sentados escuchaban sus discursos que—todos lo sabían muy bien—eran siempre absolutamente monótonos y llanos, podían comprobar siempre, al paladear la enormidad de su fastidio, que su confianza en aquel hombre era absolutamente legítima».

Horror por todo lo que es ruidoso, y, en consecuencia, horror por lo grandilocuente...

No se habla en la cámara inglesa desde una tribuna; cada quien lo hace desde su sitio; excelente costumbre, porque el orador no intenta conquistar efectos tribunicios. Si lo intenta y aun en el simple caso de que se exprese demasiado bien, se expondrá desde luego a caer en la impopularidad. Cuando Chamberlain comenzó a hablar en el Parlamento, lo hacía admirablemente. Después de su primer discurso, un amigo experimentado le dijo:

—Muy bien; pero la Cámara os agradecería que tuvieseis algún titubeo . . . de cuando en cuando.

Tócame asistir a la sesión del Parlamento inglés el día en que Mr. Baldwin pronunció su famoso discurso: «La frontera de Inglaterra no está ya en los acantilados de Douvres: está sobre el Rhin». Y me entretuve entonces imaginándome el modo como esta frase habría sido dicha por un orador cualquiera de otro país. Con qué facilidad se habría tornado amenazadora y grandilocuente, pronunciada en tono de desafío.

—La frontera de Inglaterra no está ya en los acantilados de Douvres. ¡Está sobre el Rhin!...

Mr. Baldwin pronunció la frase del modo siguiente: tenía frente a él, en la ancha mesa que lo separaba de la oposición, un rimerero de papeles. Y dijo: «La frontera de Inglaterra no está ya en los acantilados de Douvres: está...», y se puso a buscar entre sus papeles, como si

se le hubiera perdido la frontera de Inglaterra, como si no pudiese encontrarla ya . . . Y, hasta después de largo silencio, murmuró por fin: «está en la orilla del Rhin». Baldwin sabía muy bien que este titubeo, que esta sencillez, tranquilizarían a su auditorio, y que la cosa difícil, pero que convenía decir, pasaría así con relativa facilidad.

\*  
\* \*

En Inglaterra no conviene, pues, por ningún motivo, pronunciar un discurso demasiado elocuente ni demasiado grave. Bien lo supe, por experiencia propia, hace unas cuantas semanas. Se me había invitado para asistir al banquete que los escritores ingleses ofrecían a Wells con motivo de sus setenta años de edad; había de tomar la palabra a nombre de los escritores extranjeros. Tenía yo ya cierta experiencia de las cosas inglesas. No ignoraba nada de lo que acabo de deciros; pero yo me había dicho:

—Como quiera, los setenta años de un gran escritor constituyen una circunstancia bastante solemne. . . . Tengo que hablar de su obra, de su poesía, de su influencia . . .

Y me puse a preparar algunas páginas, buenas o malas, sobre crítica literaria. Las había escrito en inglés y no podía cambiarlas a última hora, pues no sé improvisar en ese idioma. Me presenté, pues, con este discurso en el bolsillo. Presidía Mr.

Bernard Shaw. Y, apenas se puso en pie, comprendí mi funesto error de tono. Pues, lejos de elogiar a Wells, Shaw se dedicó a atacarlo y a hacer constantes bromas a costa suya. Durante un cuarto de hora, hizo reír a toda la sala, a costa del héroe de la fiesta. En cuanto a mí . . . sacando de mi bolsillo aquel discurso triste y grave, meditaba yo a la vez:

—Después de veinte años de experiencia de las cosas de Inglaterra, bien podías no caer ya en tales errores . . . y ahora . . . tenlo presente una vez por todas: no hay que hacer discursos graves en este país, por nada del mundo.

Mas observad que todo ello no quiere decir ni mucho menos que el pueblo inglés sienta desprecio por las cosas serias, por la inteligencia. La literatura inglesa es en este momento, bien lo sabeis todos vosotros, una de las más bellas del mundo. Los sabios ingleses se cuentan entre los primeros de nuestro tiempo. Pero los ingleses piensan que en la vida práctica, en el terreno de la acción, el instinto es preferible, si no precisamente a la inteligencia, sí a la inteligencia razonadora. Y esta idea proviene, también, de la larga felicidad pretérita de Inglaterra.

—En los tiempos pasados—se dicen a sí mismos los ingleses—todo se ha arreglado siempre admirablemente para nosotros. Entonces, ¿para qué y por qué preocuparse? No tenemos más que imitar a nuestros antepasados. Como decía

lord Balfour: es preferible hacer una cosa estúpida que siempre haya sido hecha, que una cosa inteligente pero inusitada.

Cuando el Rey Eduardo, en 1901, sucedió a la Reina Victoria, su primer ministro tenía que pronunciar un discurso de advenimiento, y se le preguntó a lord Salisbury, que ocupaba entonces este alto cargo:

—¿Qué decir al rey en este discurso?

Contestó:

—Nada más sencillo: bastará repetir el discurso pronunciado para su madre en 1837.

—Pero—observó su interlocutor—la situación actual es muy diferente. ¿No convendría cambiar algunas frases?

—¿Para qué?—replicó lord Salisbury.

Y, en efecto, ¿para qué cambiar nada? ¿Para qué respetar la lógica? La lógica no es respetada en Inglaterra. Y tengo la sospecha de que los ingleses encuentran cierto placer en humillarla. Muchos de ellos gustan muchísimo de lo que allá se llama *nonsense*: «lo que no tiene en sí ningún significado». En ningún país del mundo se tiene igual respeto por la locura. Obsérvense, si no, en los libros de Dickens, el amor con que el escritor trata siempre a los tipos más originales.

\*  
\* \*

Trabajaba yo en la biblioteca del «British Museum» y un día vi llegar hasta la pequeña

rotonda que se halla en el centro de la sala y en la que se encuentran instalados los bibliotecarios, a una anciana señora que habló así a uno de ellos:

—Perdón, señor . . . quisiera pedir a usted un consejo. Hasta hoy, he venido firmando con mi propio nombre todas las solicitudes de libros. Pero es el caso que hace ya algunas noches veo aparecérseme en sueños el cuerpo astral de lord Nelson . . . Anoche, lord Nelson ha acabado por pedir mi mano . . . y he aceptado. Siendo así, ¿debo o no continuar firmando mis solicitudes con mi nombre de soltera, o es que debo firmar señora Nelson?

Y el bibliotecario, que iba a ponerse en ese momento a trabajar, contestó, sin levantar siquiera los ojos:

—Señora, puesto que se trata de un matrimonio enteramente espiritual, puede usted continuar firmando con su nombre de soltera.

Testigo de esta escena, yo me decía: si la cosa hubiese pasado en Francia, ¿cuál habría sido la actitud del bibliotecario? ¡Sin duda, habría telefoneado a la policía o a una casa de locos! De cualquier modo, es evidente que no habría escuchado con tal serenidad la curiosísima pregunta.

\*  
\* \*

Y, justamente es por la misma razón, por lo que cierto tipo de historias, de cuentos fan-

tásticos, de esas anticipaciones de que tanto gustan los escritores ingleses, tienen en Francia un éxito mucho menor que en Inglaterra. ¿Conocéis ese encantador librito de David Garnet, intitulado: *La mujer convertida en zorra?* Es la historia de un marido joven que pasea con su mujer por un bosque. Van tomados de la mano. Y, de repente, el marido oye un grito. Se vuelve y se da cuenta de que lleva ahora en su mano la patita de una zorra . . . y esta zorrита es su mujer. De ello él está absolutamente seguro, en cuanto la toma en sus brazos, pues el animal conserva la misma gracia, los mismos ojos . . . El infeliz vuelve a casa con la zorrита. Conserva ésta al principio cierto gusto por la literatura y la música, pero poco a poco se va volviendo más zorrита y, perseguida por una jauría, acaba por morir en una partida de caza, por más que el marido hace lo imposible por defenderla de los perros . . . Historia encantadora y que demuestra que el amor, el verdadero amor, puede resistir a todo, y que, cuando se ama verdaderamente a una mujer, poco importan sus acciones . . . Aun cuando se convierta en zorra, no dejaremos de concederle nuestro amor.

Pareciéndome encantadora y profunda esta historia, había yo decidido traducirla. Y, en efecto, la traduje y la publiqué en francés. Apenas lo había hecho, comencé a recibir numerosas cartas

llenas de reproches. La *lógica* francesa protestaba. Y lectores hubo que me decían:

—Pero, señor, ¿es que se ha vuelto usted loco?

El médico del pueblo donde pasaba yo estos días vino a hacerme una visita y me dijo:

—Porque . . . en fin . . . una mujer *no puede* convertirse en zorra. Esto es *fisiológicamente imposible* . . .

\*  
\*  
\*

c) Una consecuencia más de esa amplia felicidad: el inglés tiene poquísima maldad e ignora el rencor; la confianza es una cosa natural en él. Esto se nota en cuanto llega uno a Inglaterra, donde no hay registro de equipajes, en donde se os entrega vuestra maleta en cuanto la señaláis en el muelle . . . Esto se ve también en las bibliotecas públicas, en donde se nos prestan los libros más raros y nadie nos impide salir con un portafolio en el que podríamos sustraer los más preciosos manuscritos . . . Esto se observa también en la Cámara de los Lores, en donde es tradición que nadie inquiera jamás el nombre del desconocido que allí entra. Ni siquiera se pregunta si efectivamente es un lord. Y notad que bien podría no serlo, pues hay 600 pares de Inglaterra, y muchos de ellos no sesionan jamás. Pero nó; si algún viejo señor desconocido entra a instalarse en la sesión, los ujieres se dicen:

—Sin duda, es un lord...

Pero bien podría no serlo.

Sabéis sin duda que existe una gran compañía inglesa de seguros o, mejor, toda una red de compañías, conocidas con el nombre de Lloyd's. Cierta día, un capitán, propietario de un barco, entró en una de estas oficinas, desolado, y le dijo al director:

—Acaba de sucederme una cosa terrible, señor... Ayer se puso bajo mi mando un barco nuevo. Ayer mismo venía yo a asegurarlo, cuando me detuvo en el camino una congestión del tránsito y llegué a esta oficina cuando ya había sido cerrada. Ahora bien, hoy mismo tuve que salir con el barco. Y hé aquí que ha ocurrido un accidente terrible. El barco se ha hundido... ¡y no estaba asegurado!

—Capitán—le contestó el gerente—¿podría usted jurar por su honor que verdaderamente tenía usted ayer la intención de asegurarse y de que salió para hacerlo así, y que sólo por la circunstancia de haber llegado cuando ya las oficinas estaban cerradas no lo hizo usted?

El capitán prestó aquel juramento. Y entonces, los directores de la Lloyd's le dijeron:

—Muy bien. Tomaremos por nuestra cuenta la mitad de las pérdidas.

\*  
\* \*

d) He dicho ya que no existe en el pueblo inglés ni maldad ni rencor, pero estas virtudes son negativas. Es preciso añadir que el inglés es un pueblo gentil. Gentileza en la amistad y tacto siempre discretísimo. Os pondré de ejemplo un caso bastante extraordinario. Cierta joven recibió una invitación para un baile de fantasía en una casa de los alrededores de Londres. Vistióse un traje de gentilhombre del Renacimiento—jubón, espada—y se encaminó a la fiesta. Tomó un taxi. Al llegar frente a la casa de sus amigos, pagó y despidió el taxi. Llamó a la puerta, sorprendiéndose desde luego al ver que la mansión se hallaba escasamente iluminada. Salió un criado a abrirle y le hizo pasar. Le introdujo en un salón en el que se encontraban sus amigos, vestidos todos como de ordinario. Nadie, además, parecía esperarlo. Entró el joven vestido con su traje de gran señor del Renacimiento. Al parecer, nadie se daba de ello cuenta. Únicamente alguien le dijo:

—¿Habéis tenido la gentileza de venir a comer con nosotros? Muy amable...

Y se le hizo sentar. No hubo ni la menor alusión a su traje. Al cabo de un instante, se anunció que la mesa estaba servida y se pasó al comedor. Después de la cena, una conversación agradable en el salón, hasta las once de la no-

che. Ya a esta hora, el ama de la casa le dijo al joven:

—El portero me indica que habéis despedido el taxi. Sin duda no tendréis pijama. Como no hay medio de volver a Londres esta noche, mi hijo os prestará la suya, si queréis dormir en casa.

Dicho esto se le llevó a una alcoba. Al día siguiente, el almuerzo; después, el amo de la casa le condujo hasta su propio automóvil, y sólo hasta el momento en que el coche iba a ponerse en marcha, se inclinó hacia el joven y le dijo en voz baja:

—¿Sabe usted? El baile de fantasía era... hasta la semana entrante.

\*  
\*\*

Cierto que esta extrema discreción en Inglaterra se hace más fácil gracias a una profunda y sincera indiferencia. El inglés, el verdadero inglés, no pide sino que se le deje tranquilo. Le gusta estar en casa, entre los suyos, de preferencia en el campo, para entregarse así un poco a los deportes, caminar largo y, de cuando en cuando, jugar a la pelota. A la mujer inglesa le gusta ocuparse en los quehaceres domésticos, cultivar las flores, el jardín. Ama el inglés las cosas naturales, y con los animales es tan gentil como con los seres humanos. Inglaterra

es uno de los países en que los animales reciben mejor trato. Por cierto, leía yo el otro día en el *Times*, que acaba de crearse a todo gasto una escuela verdaderamente original. Algunos ingleses se han dado cuenta de que los pájaros sufren grandemente en sus jaulas, y han decidido rescatar el mayor número posible de estos amables seres, y otorgarles la libertad.

—Pero—ellos mismos se han dicho—si devolvemos de pronto la libertad a animales que han estado largo tiempo enjaulados, no serán capaces de defenderse ni de buscarse su existencia... Es preciso, por tanto, reeducarlos.

Y acaban de crear una Escuela de Vuelo para Antiguos Pájaros Cautivos.

### *El hombre de acción*

Con lo anterior quedan señalados algunos de los rasgos que la felicidad ha impreso en esa fisonomía. Pasemos a indicar algunas de las características que el inglés debe a la acción.

a) La primera de estas características consiste en que, en la vida, el inglés se dirige no por planes sino casi siempre por la inspiración del momento. El mando se le da allí al que se designa con la frase «el hombre en su puesto», el hombre que está en su sitio y a quien corresponde, por tanto, tomar las decisiones trascendentales. Cuando el Gobierno francés, antes de que

estallara la Guerra de 1914, preguntaba a Sir Edward Grey, con insistencia, qué pasaría si fuésemos atacados, Sir Edward contestó:

—No sé... dependería de las decisiones del Gabinete.

—¿Pero no convendría interrogar al Gabinete?

—No, no es posible pedir a un Gabinete británico que se ponga a deliberar sobre una hipótesis.

Nosotros los franceses, ¿sobre qué hemos de deliberar sino sobre lo hipotético? Pasado un acontecimiento, es ya tarde para deliberar. Sí... Pero el inglés piensa de otro modo y os contesta: «Cuando uno juega al foot-ball, si es buen jugador, no se preocupa de antemano por la decisión que va a tomar. En el momento en que llega el balón, es cuando se tiene el reflejo útil. Entramos en acción y la pelota pasa. En la vida nosotros procedemos de la misma manera, y sólo nos preocupa tener reflejos útiles».

Yo he conocido a un francés que razonaba poco más o menos de la misma manera: el Mariscal Lyautey.

b) Otro rasgo deportista: el respeto por los vencidos. No golpear nunca al hombre que está caído. La opinión pública ha recordado esto recientemente, y con entera severidad, al arzobispo de Canterbury. Y la opinión pública comenzó a ver a Alemania con buenos ojos al día siguiente de la derrota. Pero no solamente hay

que respetar al vencido: también al adversario. Ningún cazador inglés tirará sobre el pájaro que se encuentre posado. En verdad, yo no sabré decir si para el pájaro es menos desagradable que se le mate volando. Pero sea como fuere, este respeto por las convenciones no está exento de belleza.

c) Ha pasado el tiempo con una rapidez prodigiosa, y aun tendría yo muchísimas cosas que decir. No he hablado todavía del hombre religioso. Pues bien, los ingleses son casi todos espíritus religiosos. Claro que hay ingleses que se dicen agnósticos y, sin embargo, aun éstos son irreligiosos de una manera peculiarísima y curiosamente religiosa.

Os contaré una divertida historia sobre este particular: Había en cierta ciudad universitaria una capilla en la cual, durante los oficios, cantaba un excelente coro, formado todo por jóvenes. A los asistentes les estaba prohibido unir sus inexpertas voces a las de este coro. Y hé aquí que un domingo un amigo mío llevó a esta capilla a una gran actriz. Oyó ésta el admirable coro y, transportada, se puso a cantar... En cuanto terminó el servicio, el director y dean del colegio—le llamaremos aquí doctor Buttler—acercándose a la actriz le dice:

—Señora, ¿no sabíais que estaba prohibido cantar en esta capilla?

—Sí, doctor... lo sabía... pero es que yo soy Mme. C.

Dijo ella su nombre ilustre.

—Señora, excusadme, nada importa aquí el nombre; no debéis cantar, y si acaso volviereis, sabed que también os está prohibido.

—Ah, pero después de todo, doctor Buttler —dice la dama, ya encolerizada—, ¿no es esta la casa de Dios?

—Ah, no, señora—respondió el Dr. Buttler—; esta es una capilla privada.

Al lado del anglicano, el puritano y el meto-  
dista juegan un papel considerable en la vida del país. «Imposible gobernar a Inglaterra en contra de la consciencia no conformista»—decía Disraeli. Y así, en efecto, acaba de quedar demostrado una vez más, por ejemplo con lo que ha pasado en Inglaterra en el momento de la abdicación del Rey Eduardo VIII.

Por último—y como ya lo decíamos hace un momento—aun aquellos que se creen libres de toda religión formal—por ejemplo los disidentes sensualistas del tipo de Lawrence o Huxley, son, en el fondo, espíritus religiosos. Quiero decir que traen a la exposición de su doctrina un misticismo verdadero y aportan a su defensa aquel respeto que es, cabalmente, la traducción literal de la palabra *religioso*. El inglés es un animal respetuoso; en consecuencia, es un animal religioso: de aquí, en mi concepto, proviene una de sus mayores fuerzas.

*Los conflictos*

Un sér que siente el deseo de convertir al mundo entero en un juego, y en un juego deportivo, juego de *gentleman*.

Sólo que el mundo no es un campo de juego: el mundo es brutal. ¿Cómo, pues, vivir en este mundo brutal respetando las convenciones y las reglas? ¿Cómo, además, sujetar las pasiones a las austeras reglas de los puritanos? Las pasiones son exigentes, y las de los ingleses, muy particularmente, violentas. Se les conoce mal, porque a menudo se encuentran desarticuladas y afloran muy lentamente. No pierden por cierto, con esto, nada de su fuerza.

El novelista inglés Forster cuenta la historia de un grupo de ingleses y franceses, que van viajando juntos por un camino de los Alpes. De pronto el carro se desbarranca. Afortunadamente, nadie resulta muerto. Los franceses se levantan temblando de pies a cabeza, en tanto que los ingleses permanecen fríos y tranquilos. Vuelven todos los viajeros al hotel. Ya por la noche, hacia las ocho, cuando los franceses, felices, se habían olvidado completamente del accidente, los ingleses se hallan ahora impresionadísimos.

Es este un típico ejemplo del lento aflorar de los sentimientos entre los ingleses. ¡Ah, sí, pero cuando entre ellos las pasiones hablan, lo

hacen con una terrible voz! En uno de sus poemas, Kipling ha descrito un marino inglés que se deja injuriar durante un cuarto de hora; va poniéndose cada vez más pálido y silencioso, hasta el momento en que su cólera estalla y, con unos cuantos golpes, echa a rodar por tierra a su adversario.

\*  
\* \*

Entre las pasiones del inglés y las reglas deportivas o religiosas a que él mismo quisiera sujetarse, surgen a veces inevitables conflictos. Un primer conflicto entre el amor y la acción, el cual ha sido admirablemente descrito por Kipling en las historias de los Gadaby. Un segundo conflicto entre el deseo y el puritanismo. Uno más entre el idealismo del individuo y el realismo nacional. Los ingleses desearían sinceramente, en los asuntos internacionales, comportarse de una manera noble y desinteresada, salir siempre en defensa de los derechos del más débil. Mas puede ocurrir que los intereses de Inglaterra o del Imperio exijan que tales derechos sean postergados. Este fue, por ejemplo, el caso de la guerra del Transvaal. Estalló entonces un conflicto entre las dos tendencias del habla inglesa, y entonces los pueblos continentales acusaron a Inglaterra, injustamente, de hipocresía.

—¿Cómo—se dicen esos pueblos—vosotros

preconizáis una doctrina y no la aplicáis jamás en vuestros propios asuntos?

Habría que contestar:

Conozco yo un viejo hogar, muy estimable en mi concepto y al que, sin embargo, aun mis amigos suelen comprender mal. Es el marido un hombre de negocios, honrado, bastante áspero, muy atento siempre a sus intereses, capaz de sentimientos de generosidad pero capaz también de ocultar esos sentimientos bajo apariencias de frialdad; en una palabra, poco sociable y, además, casi indiferente a los halagos sociales. Su esposa, en cambio, es una mujer dulce, piadosa, atenta siempre a hacer la caridad, sinceramente desinteresada, y que desea constantemente convertir a sus amigos; además, bastante severa de costumbres. Los hijos, que son numerosos, no tienen ni el vigor del padre ni la abnegación de la madre. Son alegres, frívolos, y pasan buena parte de su vida en jugar a la pelota con instrumentos de formas diversas.

Cuando hablamos por teléfono a esta casa, es siempre la esposa la que nos contesta... Y por lo mismo no oímos entonces más que discursos morales y exhortaciones a la virtud. Pero quien llegue a tratar con el marido le encuentra semejante a todos los hombres, es decir, prudente, desconfiado y estrictamente celoso de sus derechos. De semejante contraste surge siempre una mala inteligencia. Y la gente malévola dice:

—¡Vaya una pareja de hipócritas! Comparad, si lo dudáis, los actos del marido con las fervientes actitudes de la esposa. Ella es para él una cómoda defensa, pues con su actitud obliga a las gentes de fuera a mantenerse con respecto a este hogar, en una actitud siempre deferente; y luégo, el día en que al marido estorban de una manera u otra las doctrinas de su esposa, éste las olvida... o las echa en el cesto. Comodísimo.

Tales juicios son superficiales. Yo he vivido durante largos años en esta casa; sé bien que el marido y la mujer son uno y otro completamente sinceros y que se entienden entre sí de modo perfecto. El hombre siente que necesita de su mujer y no se halla nunca feliz si no llega a alcanzar su aprobación... Si queréis comprender perfectamente a Inglaterra, y negociar con ella útilmente, necesitáis poneros de acuerdo, a la vez, con la mujer y con su esposo, o, dicho de otra manera, con la opinión pública y con el Gabinete.

\* \* \*

Resumamos. Hé aquí un pueblo que posee un inmenso legado de recuerdos, de costumbres y de convenciones, y que tiene la certidumbre de que estos *cuadros* así establecidos por sus antepasados son los mejores y, diremos más todavía, los únicos concebibles. Hé aquí un pueblo que tiene el deseo de vivir al amparo de esas con-

venciones todo el tiempo que le sea posible, una vida tranquila de bellos días deportivos o políticos. Pero hé aquí también un pueblo que, si esta vida tranquila llega a ser imposible, será capaz de adaptarse con rapidez extraordinaria y, con extraordinaria tenacidad, combatir.

Acaso nos resulte más fácil representar esta singular naturaleza por medio de una comparación musical. Pensad, por ejemplo, en *El oro del Rin*. Toda la masa orquestal va reproduciendo el murmullo poderoso, eterno, del río. El auditorio se siente transportado y como arrullado por aquel torrente de sonidos. Por dentro de este torrente, de cuando en cuando un violín va insinuando un ligero motivo melódico, que muy pronto se pierde entre las ondas de la orquesta.

Así es, aproximadamente, el espíritu inglés: lo esencial en él es una gran corriente de sonidos, de recuerdos, de tradiciones e instintos. La inteligencia, de cuando en cuando, emerge por encima de las olas y se nos muestra en tal cual obra bella y encantadora. Pero estos temas no son recogidos por la orquesta. Y el río continúa llevándose en sus olas al pueblo inglés.

De este río y de estas corrientes he tratado de dibujar esta noche para vosotros un mapa aproximado. Me sentiré feliz si, mediante estos rasgos, he logrado hacer para algunos franceses menos complicada y difícil esta navegación.

## *Don Marcelino y don Francisco*

Por GREGORIO MARAÑÓN

Un amigo mío me ha hecho el regalo de una carta que don Marcelino Menéndez y Pelayo envió, hace ahora 37 años, a su padre, ilustre escritor también: de los que han perdurado y se han ennoblecido aún por la acción corrosiva del tiempo. La lectura de esta carta me ha producido una profunda impresión; mucho más honda que la que un documento de tan insigne firma había de causar en un español curioso y en un aficionado a los papeles viejos. Esta emoción era de otra categoría: era una emoción histórica, de «clave» de muchas cosas que han ocurrido después y que florecen en el momento actual: encrucijada de pasión fecunda de nuestra España. En la misiva, don Marcelino habla de unas elecciones a senador a las que presentaba él su candidatura; enfrente luchaba un profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Y con este motivo hace unos juicios acerbos del jefe del movimiento institucionista; movimiento intelectual, que entonces comenzaba a ser también social: de don Francisco, don Francisco Giner de los Ríos.

Conozco bien la letra menuda de don Marcelino. La letra tiene también sus modas; y ésta,

española de fin de siglo, se parece a la de Pereda y a la de mi padre, amigos fraternales; y a la de otros contemporáneos, incluso a la del gran amigo de los tres, desde la acera de enfrente: Galdós. Conozco también la pasión con que el insigne crítico santanderino defendió, en privado y en público, su posición histórica en la cultura de España. Pero nunca tuve, hasta hoy, la idea precisa de lo que esa posición significaba y de lo que querían decir las posiciones opuestas. Ahora he comprendido, una vez más, que todo está unido en la vida de los pueblos por lazos secretos y llenos de sentido; y que, acaso, lo que tiene conexión más íntima y más fecunda para el futuro no es lo similar y parejo, sino lo contrapuesto y divergente.

La España de hoy, como todas las etapas vitales de un pueblo, no es hija de una tendencia liberal o antiliberal, sino de la pugna entrañable de dos movimientos opuestos, pero en lo hondo enlazados por las mismas raíces: por las mismas preocupaciones esenciales del pasado y del porvenir de la raza. Y esos dos movimientos no tuvieron sus representantes genuinos en los hombres políticos, que hablaban cada día, y mandaban o perdían y concitaban sobre sus idas y venidas la atención superficial de los cronistas; sino en dos hombres, no diremos que oscuros, pero sí apartados del bullir oficial. Dos españoles cuyos retratos no se publicaban a diario en los

periódicos, y cuyos nombres sólo de tiempo en tiempo aparecían, en la crónica de las academias o en las reseñas de los libros, escondidos al final de una columna de las planas muertas del diario. Estos hombres eran don Francisco y don Marcelino.

Al hundirse el imperio español y renacer el alma hispánica—es decir, en los años en que la carta fue escrita—se dibujaban claramente las dos corrientes directrices de la nueva hispanidad. Una, la que trata de anclar los restos de la nave desmantelada en el puerto glorioso del pasado; otra, la que quisiera alzar velas nuevas sobre los restos de la arboladura y dirigir el navío, enjovencido, hacia el porvenir. Menéndez y Pelayo era la tradición, hecha dignidad y eficacia, y no sólo herrumbre; Giner de los Ríos, la esperanza hecha método y energía y no sólo quimera.

Refundida en los moldes viejos o modelada en formas originales, los dos querían lo mismo: una España nueva y grande. Pero, en la vida, lo que une o desune no son los propósitos, sino los métodos; las formas y no la substancia. Y bajo las pugnas espectaculares de los partidos políticos, bajo sus batallas y sus convenios de paz, se establece, sordo, duro, perpetuo, sin desmayos, el gran antagonismo entre las huestes que representaba don Marcelino y las que don Francisco conducía. Lo demás, es mentira. Cas-

telar, republicano, adapta su vida a la monarquía. Sagasta y Cánovas representan una ficción de antagonismo político. Don Jaime de Borbón, jefe del carlismo, presume de liberal. Todo esto es vana apariencia de la realidad nacional. Pero bajo la superficie serenada corren las dos Españas verdaderas, encrespadas, en dirección opuesta, respetando sus cauces pero esperando el momento de chocar.

La Monarquía pudo ser la clave del concierto de las dos energías antagónicas; de hecho lo fue bajo don Alfonso XII y bajo la reina Cristina, reyes constitucionales. Dejó de serlo cuando, al dar el poder—no al dejárselo quitar—a Primo de Rivera, la Constitución murió como ficción útil y se evaporó después en la dictadura. Quedaban al desnudo las dos energías auténticas. Ya no cabía el concierto, sino la cara o cruz. La dictadura fue el triunfo de la España mirando a la grandeza del pasado. Ahora, la República representa el desquite de la España orientada hacia el porvenir.

Y los dos hombres representativos de la lucha son éstos y no los caudillos aparatosos. No en vano el nombre de don Marcelino ha salido en los años pasados del panteón sereno de los hombres ilustres en la ciencia, donde el que entra, entra de puntillas, para servir de enseña a todo un movimiento político. Hace pocas semanas un grupo de españoles de buena voluntad ha pu-

blicado un libro antológico del Maestro, que es como un credo de la España tradicional. Y no en vano, tampoco, la parte más eficaz de la España que hoy triunfa está formada por las falanges de los que aprendieron a vivir y a crear a la sombra de don Francisco. En el libro que Madariaga publicó sobre España, pocos meses antes de sobrevenir la República, libro que en todo el mundo sonó a profecía—y la profecía se cumplió—destacaba agudamente el papel primordial de la Institución en la era nueva que se anunciaba. Y, en suma, tienen en cierto modo razón los de la acera de enfrente cuando dicen que la República ha sido el triunfo de la Institución.

¿El triunfo de una secta? ¿El triunfo de una filosofía, del «terrible krausismo», como decía Menéndez y Pelayo? Nó. El triunfo de muchas cosas necesarias, que don Francisco Giner representó, pero que apetecían también, al margen suyo, muchos españoles que no conocieron ni de vista al apóstol: el aire nuevo; la modernidad; la crítica personal de todo, sin vetos ajenos; la amplitud generosa en el criterio pedagógico; y, a la vez, una cosa formal pero de enorme trascendencia: el culto de los buenos modos, de la pulcritud, de lo que no es tertulia chabacana, ni casa liosa de huéspedes, ni café empapado de ocio maloliente; el amor al campo, a la ma-

drugada casta, a la limpieza del cuerpo y a la noble energía física.

Mas todo esto, que hoy es ya un volumen denso y firme en la vida española, ¿es incompatible con la otra tendencia, la que representó don Marcelino, con su severidad tradicional y un tanto sensualista, de buen fraile español? No sólo no lo es, sino que del remolino actual, engendrado en el choque de las dos corrientes adversas, ha de surgir el cauce grande en que las dos estén fundidas. ¿Por qué no? Sólo se necesita un poco—o un mucho—de comprensión, de tolerancia en cada bando. Esto sólo: que se pongan de acuerdo en una cosa esencial: en el reconocimiento de los valores morales; lo que el mundo actual, para desdicha suya, ha olvidado.

Es decir, que don Marcelino, si resucitase, no pudiera volver a escribir esta frase terrible y representativa de mi carta: «Giner será todo lo bueno que se quiera, pero...»

*Porque cuando un hombre es bueno, no hay pero que valga.*

(De *La Nación*, Buenos Aires).

## Leyendo "Le Matin"

(Enero y febrero de 1939).

La *Dépêche* de Tolosa traía en los primeros días de enero un luminoso artículo para recordarnos a todos el pacto franco-soviético de 1935, tan citado y tan desconocido. ¿Qué dice el pacto? Que si Rusia es atacada, el asunto debe ser llevado ante el Consejo de la Sociedad de las Naciones; que éste debe decidirse por unanimidad; que en todo caso Francia debe consultar a los signatarios de Locarno; que la Sociedad de las Naciones debe poner a funcionar su aparato de sanciones económicas. Ahora bien, la Sociedad de las Naciones no es ya sino un recuerdo arqueológico, el pacto de Locarno es polvo, el aparato de las sanciones económicas está entre los fierros viejos. Así, pues, el pacto de 1935 reposa sobre ruinas y sobre viento... Pero los partidarios de la guerra no dejan de citarlo: «es automático», «la palabra de Francia está empeñada», etc.

\*  
\*\*

La democracia suiza, que puede servir de modelo a todas las demás, ha discernido en el comunismo moscovita al peor enemigo de las democracias. Ella ha hecho dos constataciones terminantes: 1.<sup>a</sup> *El partido comunista depende del extranjero* (párrafos 1, 3, 12, 13, 14, 15 y 29 de los estatutos de la Internacional Comunista); 2.<sup>a</sup> *El partido comunista tiene siempre por fin el trastorno por la violencia del orden establecido* (páginas 6, 32, 71 y 80 del programa de la Internacional comunista).

Debiendo la democracia suiza defender la independencia nacional y asegurar el mantenimiento del

orden público, el gobierno federal ha prohibido la introducción en Suiza de toda literatura comunista y ha prohibido a todos los funcionarios federales el formar parte del partido comunista y de las asociaciones afines (Amigos de la U. R. S. S., Socorro obrero internacional, Socorro rojo internacional, Sport rojo internacional, etc.).

Diversos cantones (Vaud, Schwyz, Zurich, Uri, Fribourg, Basilea, etc.), siguiendo la iniciativa de Ginebra, han dictado leyes cantonales para defenderse del comunismo. Todas dichas leyes anulan para los comunistas todo mandato público (de funciones administrativas o pedagógicas) y los privan del ejercicio de los derechos políticos.

\*  
\* \*

La vida de los pueblos es como la de los individuos: es como ellos se la hacen. Permanecer indiferente ante las provocaciones de afuera y del interior; tener confianza en el propio destino; mantenerse dueño soberano de sus decisiones y de sus actos; saber limitar sus ambiciones y no limitar su esfuerzo; no desafiar las leyes de la realidad que gobernarán eternamente el mundo; guardarse de las fórmulas y de las palabras; rehusar considerar la tabla de multiplicación como un emblema reaccionario y la demagogia como un progreso social: estas son reglas de conducta que sirven para todos y para cada uno, para el Estado y para los particulares.

\*  
\* \*

Grave pérdida para los interesados es lo que resulta cuando el Estado se mete a orientar la eco-

nomía. ¡Que se ocupe él de sus asuntos propios, desorientados las más de las veces!

\*  
\* \*

Todos los economistas enseñan que, para que un país viva y prospere, es necesario que sus hombres trabajen 2000 horas por año. Siempre y en todas partes, los pueblos que trabajan más son los más fuertes. Esto no es sociología, es aritmética. Las democracias que cultivan con éxito la charla, tienen el mal de no cultivar la aritmética.

---

---

## *Revoltillo*

La publicación más interesante hoy en Costa Rica es *Ariel*, la vieja revista del ilustre Froylán Turcios. Es una revista que ha ganado con los años. A nadie mortifica y no hay quien no encuentre en ella enseñanza y recreo. A mí me gustan particularmente las memorias personales de los últimos números.

\*

Se acerca el momento de las elecciones presidenciales y no hay todavía más que un candidato propiamente dicho: el Dr. Calderón Guardia. Es evidente que goza de una decidida ayuda oficial, pero esto no explica el hecho de su inmensa popularidad entre masas de ciudadanos que no son funcionarios públicos.

Oigamos lo que decía en el siglo XVII La Rochefoucauld, una de las mejores cabezas que ha producido

el mundo: «Nuestro mérito nos atrae la estima de las gentes de bien, y nuestra suerte la del público».

Frente al Dr. Calderón Guardia hay otros candidatos «que lo son y no lo son». Por ejemplo, el Dr. Peña Chavarría, «socialista o socializante», según sus propios términos. Giran a su derredor los socialistas ultramontanos, muchos comunistas y muchos de los socialistas que se creen buenamente *liberales*.

\*

Se gana mucho cuando se consultan a menudo los diccionarios en épocas de desbarajuste mundial. ¡Hay que ver el sentido que cada figurón da hoy a las palabras más comunes! Roosevelt, v. gr., llama *democrático* a todo lo que es de su gusto; lo demás es antidemocrático. Busquemos, pues, el significado de la palabra *liberal*, empleada más arriba. Veamos si se puede ser socialista y liberal:

*Liberal*: Any person who advocates liberty of thought, speech, or action. (*Standard Dictionary of the English Language*).

Este es uno de los mejores diccionarios conocidos, y basta con las palabras citadas para comprender que los términos *liberal* y *socialista* son contrarios entre sí.

\*

Es frecuente oír decir de una persona, en són de elogio, que ella es enemiga de todos los *ismos*. Se quiere dar a entender que es equilibrada; pero en verdad lo que se afirma es su amorfia moral. Si usted es católico, republicano, admirador de lo clásico, devoto de Cervantes, etc., ¿cómo puede ser enemigo del catolicismo, del republicanismo, del clasicismo, del cervantismo, etc.?

\*

Cuando usted necesita pan, se dirige a una panadería, aun a sabiendas de que en el pueblo no haya ninguna que sea buena. De una manera semejante, cuando usted tiene que hacer una elección política, ha de escoger *entre los políticos* que le sean conocidos. No sería juicioso afiliarse a un partido de pintores—que sólo como tales se hayan revelado—y disculparse con un «¡Quien quita! ¡Talvez resulten...!».

\*

Entre el sinnúmero de estupideces hoy en uso está el principio de que: «no hay que comprar sino a quien nos compra». ¿Qué les compra a ustedes el zapatero, señores médicos, abogados, artistas? ¿Nada? ¡Pues tendrán que andar descalzos!

\*

Dicen que la Cámara de Comercio de Costa Rica ha aplaudido las medidas «socializantes» que tienden a rebajar y fijar el tipo del interés para las operaciones bancarias. Que no se quejen entonces si continuando las cosas por donde van, se llega a rebajar y fijar la utilidad máxima admitida en la venta de mercaderías.

\*

Un consejo que siempre he procurado seguir, es de Rostand:

No escribir nunca, jamás,  
nada que de ti no salga;  
y, modesto, en lo que valga,  
pensar que otro vale más;

y contentarte por fin  
con flores y hasta con hojas,  
cuando en tu jardín las cojas  
y no en ajeno jardín.  
En resumen: desdeñar  
a la parásita hiedra,  
ser fuerte como la piedra,  
no pretender igualar  
al roble, por arte o dolo,  
y, amante de tu trabajo,  
quedarte un poco más bajo,  
pero solo, ¡siempre solo!

---

---

## *Conversación*

Acertámos a llegar en momentos en que don Elías Jiménez Rojas se aprestaba a cerrar su botica, la tarde del domingo. Nos concedió, esta vez sin resistencia, unos minutos de conversación. Y de verdad fuimos afortunados. Los puntos tratados fueron abundantes y de inmediata actualidad. Habló con calma y no mantuvo en ningún momento la natural desconfianza que todo periodista inspira cuando aventura más de una pregunta.

Vamos a tratar de reproducir los conceptos que de sus labios oímos, conservando, en lo posible, toda su sustancia y sobria forma.

Don Elías comentó, primero, la carta del señor Presidente de la República al director de *La Tribuna*, y la contestación dada por éste a la interpelación presidencial, diciendo al respecto más o menos lo siguiente:

Los presidentes de la República no deben prodigarse a esos extremos. Don Ricardo Jiménez estableció esa práctica de darles al público y a los periodistas demasiadas satisfacciones. No perdonan ataque o puya. Todo lo contestan. Tienen que ocuparse con frecuencia en rebatir nonadas, simplezas, reparos sin importancia. Y el tiempo de un Presidente, de un Jefe de Estado, debe tener otro empleo. Mucho aprovecharía al país que su mandatario escribiera menos e hiciera más.

Por otra parte, es evidente que el prodigarse tiene grandes inconvenientes, aun cuando sea para defenderse de ataques injustificados. Y no creo que deba darse tanta personería a un periodista que siempre tendrá algo que decir en respuesta, sin lograr acallararlo ni convencerlo, pues encontrará material para nuevas impugnaciones que formular. Sus cargos caerán, en el fondo, de importancia, pero a fuerza de abultarlos no faltarán gentes que crean que se trata de pecados graves, cuando son simples faltas, no tanto del hombre que gobierna sino del sistema o de la costumbre establecidos para gobernar.

Por lo demás, el periodista sabe que los cargos que formula sólo tienen el efecto de crear una sensación para aprovecharse de ella. No podrá nunca referirse a lo que sí podría ser de alguna trascendencia en la vida institucional o en el orden mismo de los negocios públicos. Tendría que encararse con los intereses creados, con las más poderosas fuerzas de una reacción, y ello convertiría su actitud en un peligro de guerra constante y de esfuerzo superior a todas sus posibilidades. Por eso forzosamente tiene que acogerse a aquellos reparos de mínima importancia, por cosas que son herencia del pasado. Y enmudece ante tan graves faltas como es el hecho de que el Estado mantenga la Fábrica de Licores con-

vertida en propagadora del alcoholismo, a base de una propaganda descubierta, destinada a aumentar el consumo del licor, hasta filtrarlo en todos los hogares.

Y también calla el escritor público lo que piensa o debe pensar sobre la instrucción que se imparte en las escuelas y colegios de la República, sin que nadie se preocupe de llevar adelante una tala animosa de tantas y tan abultadas adulteraciones de los principios de una educación racional.

Pero ahora se quiere llamar la atención sobre asuntos que yo considero de poco momento. Por ejemplo: que los gobiernos empleen todo el poder en su mano para asegurarse en las elecciones de medio período una mayoría parlamentaria. No se repara en que este hecho es consecuencia natural de la estructura misma de nuestra democracia, que establece un desequilibrio de poderes que obliga al Ejecutivo a una inaplazable disyuntiva: o tiene mayoría en el Congreso o nulifica todo propio empeño y se convierte en simple acatador del Congreso. De ahí que sea corriente el hecho de que el Gobierno ejerza con abuso los poderes a su alcance para evitar que suceda lo que significa, prácticamente, su anulación.

Cúlpese, pues, al sistema y no al hombre en el poder, de esos errores de una democracia mal conformada.

El cargo de nepotismo es, a mi juicio, el más injustificado de todos. Soy partidario de que aquel que asume la responsabilidad en asuntos de carácter público busque entre sus parientes y amigos los auxiliares más efectivos de su labor y cometido. Tengo la experiencia desastrosa de mi dirección en el Liceo de Costa Rica. Si yo hubiese llamado a mi lado a mi hermano Alfonso como Secretario, no habría sufrido las inconveniencias de tener que descansar mi confianza en personas que me eran extrañas, cuando no veladamente hostiles. Lo mismo pienso de otro pa-

riente igualmente próximo que habría sido mi mejor escudo contra intrigas y maquinaciones fraguadas en mi daño, si yo lo hubiera empleado en la Inspección General del Colegio.

Por eso digo que no puede juzgarse mal a un gobernante por cuanto nombre entre aquellos a quienes bien conoce sus colaboradores más importantes. Eso a más de que en Costa Rica existen tales vinculaciones entre familias, que se ha creado, puede decirse, un parentesco entre casi todos los costarricenses aptos para el desempeño de funciones públicas o cargos de responsabilidad.

Del mismo modo se exagera respecto de los peligros de la reelección. Ninguna de las grandes democracias tiene en sus leyes disposiciones contra la reelegibilidad de sus gobernantes. Es en las democracias dudosas en donde existe esa prevención contra un principio que garantiza precisamente el derecho de los pueblos para darse el gobierno que desean y que corrige esa desastrosa inestabilidad de las democracias. Es un absurdo pretender que un gobernante que ha acertado en su labor y que posiblemente realice una reforma,—pongamos, por caso, de la educación primaria y de las cuestiones económicas que más directamente afectan al pueblo en su desarrollo y posibilidades de mayor bienestar—deba abandonar su puesto y cederlo a un nuevo mandatario, que seguramente vendrá a destruir todo lo que su antecesor ha creado con esfuerzo y con sacrificio, nulificando así una obra que ha de quedar necesariamente trunca. ¿Es racional que se proceda de esa suerte con quien puede, mediante el voto de sus conciudadanos, seguir la obra iniciada y darle cima y remate? Sólo una desconfianza absurda y sin sentido puede mantener en nuestras democracias el temor que mantiene viva esa prohibición constitucional contra la misma voluntad

del pueblo, si éste quiere conservar el gobernante que tiene y que le produce los beneficios de una acertada administración.

Y así, los cargos que hacen a los gobiernos, al calor de las pasiones políticas, no tienen mayor seriedad. Del actual puede decirse, en tren de crítica severa, que si bien ha conservado lo bueno, del mismo modo ha conservado lo malo. Ha sido un buen gobierno, en lo político porque ha respetado a las personas y ha garantizado las libertades ciudadanas; en lo administrativo, porque ha sido honesto en el manejo de los caudales públicos; pero, en cambio, nada que valga ha hecho en los ramos de Justicia e Instrucción Pública.

En resumidas cuentas, el gobierno del señor Cortés va *durando* su período, sin pena y sin gloria (1).

ANTONIO ZELAYA

7 de febrero de 1939.

## II

—¡Qué suerte que haya usted vuelto por acá...! Estaba deseándolo,—nos dijo don Elías al vernos volver a su oficina.

—La buena suerte es para mí.... que entré con tanto temor de que me fuera a cobrar caro la indiscreción de ayer.

---

(1) No vaya a pensarse, sin embargo, que la actual administración sea inofensiva.

Los Secretarios de Hacienda y de Salubridad (*Protección Social*) son abiertamente hostiles a la libertad individual.

—Nada tengo que cobrarle y estaremos en paz si usted me hace el favor de completar la información dada a los lectores del *Diario*. Oígame, pues: En cuanto al debate periodístico entre el señor Presidente y *La Tribuna*, lo que le pido a ésta, como amigo de la empresa, es que no se olvide de sus lectores. La eterna repetición de las vaguedades incoherentes de Krishnamurti o el tiquismiquis político entre partes que están de acuerdo en el fondo, acaba por aburrir. Distinto sería si ese acuerdo no existiera: si por ejemplo, el señor director del periódico atacara el nepotismo del señor Presidente y éste respondiera, como lo habría hecho yo, no en descargo puro de su persona, sino en defensa del nepotismo.

El cuento y la cuenta de los desaciertos de un funcionario cuando no pasan del tamaño corriente, no es interesante. ¡Tratárase de grandes desvergüenzas....! ¿Pero acaso quien las cometiera permitiría que le fueran descubiertas tranquilamente?

Respecto a la campaña alcohólica del Estado, hay que afirmar que toca a un extremo imperdonable. Se ha venido desenmascarando. Era al comienzo una campaña indirecta. Aparecieron después los avisos en los periódicos y las hojillas sueltas en que se encarecen las *virtudes* de los menjurjes de la Fábrica Nacional, y ahora asistimos a los «Concursos musicales» con premios

de vermut. ¡Y qué concursos! ¡Qué música, qué voces, qué descrédito para el país! Y hemos de soportar hasta su ruido, a la fuerza, pues las autoridades de policía nada hacen en contra de los altoparlantes ensordecedores de nuestras poblaciones.

Con orgullo se habla de la renta horriblemente alta que produce el alcohol y se callan los números de lo que por obra del alcohol se gasta en hospitales, en cárceles y en funcionarios de justicia, de policía y de otros órdenes. Si se publicaran estos números, todos comprenderían cómo son los negocios de Juan Caballo que hace el Estado.

En lo relativo a reelecciones, conviene aclarar bien todos los puntos, aunque haya de incurrir en repetición. Lo que he querido manifestar es que las reelecciones en nada se oponen al régimen democrático. Hay democracia en donde efectivamente gobierna la mayoría de la nación, *lo cual nada tiene que ver con la libertad*: hay democracias liberales y hay democracias tiránicas. Inglaterra, Francia y Estados Unidos son democracias bastantes liberales. Ahora bien, en donde efectivamente gobierna la mayoría, la reelección indefinida de los funcionarios que la mayoría juzga buenos es la cosa más juiciosa. Si la reelección política es peligrosa en Costa Rica, ello prueba evidentemente que la forma en que se realizan nuestras elecciones no es de-

mocrática. Al hablar de las ventajas y desventajas de la democracia, no se nos ocurra tomar a Costa Rica como modelo. Pero terminemos aquí, no sea que me vayan a tomar por demócrata.

—¿Y deja usted sin respuesta al señor Secretario de Educación Pública?

—¿Pero qué le vamos a decir? Frente a la casa que ha venido desplomándose a lo largo de los años, por un defecto básico de construcción, ¿quién pensaría en echarle la culpa a la última lora que la habita o en pedirle el gran remedio para el gran mal?

Al hablarle a usted de nuestra enseñanza y de su probada ineficiencia, ¿pensé por un instante en algún don X de la pedagogía? Que no me pida el señor Aguilar Machado que lea, ni menos que estudie, sus vitalizaciones y otras majaderías: lo que podría yo hacer a lo sumo sería reírme de ellas.

*Diario de Costa Rica*, 10 de febrero de 1939.

## EDITORIAL DEL DIARIO DE COSTA RICA

(11 de febrero de 1939)

**Métodos y Enseñanza**

En la respuesta del señor Secretario de Educación Pública a un reportaje de don Elías Jiménez Rojas, el primero parece dar la máxima importancia en su reforma educacional a «la vitalización de los métodos dentro del más riguroso sistema lógico». Esta frase nos sugiere la glosa de una vigorosa censura que a la educación norteamericana hace un magnífico artículo del profesor J. Anton de Haas publicado por la revista *The Atlantic Monthly* del mes de enero último. Censura el autor de ese artículo la pretensión de que la enseñanza norteamericana es un organismo perfecto porque ha conseguido una absoluta eficiencia en sus métodos, afirmando que la realidad y el mal de esa educación está precisamente en que ha sacrificado el objetivo y la sustancia al método. Censura que las materias no se enseñan por sí mismas, es decir, por infundir conocimiento de ellas al alumno, sino «con propósitos misteriosos». Por ejemplo, no se estudian las matemáticas para aprender a sumar y a resolver problemas prácticos, sino «para disciplina de la inteligencia». La química se enseña «para familiarizar al alumno con el

método del laboratorio». Ya el estudiante no trabaja para obtener conocimientos, para ver el mundo en toda su compleja red de relaciones, para acumular sabiduría. Estudia «para convertirse en hombre de acción», para «el entrenamiento en la jefatura», para «la construcción del carácter» y para otras cosas intangibles que exigen las condiciones de vida de los Estados Unidos, y a las cuales se subordina la enseñanza mediante la perfección de los métodos. Dentro de esta organización, los maestros son las primeras víctimas, porque no pueden rechazar las nuevas ideas ni se toman en cuenta sus consejos y experiencia. Y en último término, la víctima es la cultura. Después de estudiar en todas sus fases el problema, el artículo termina con estas palabras: «Cuando los maestros se sientan libres de toda intervención extraña y del miedo de caer bajo la sanción arbitraria ejecutiva, cuando conozcan a fondo las materias que deben enseñar, tengo la absoluta seguridad de que no tendrán necesidad de ocultarse detrás de ningún método ni detrás de propósitos intangibles para tratar de explicar la carencia de resultados en la enseñanza. Ellos mismos insistirán en que el estudiante aprenda perfectamente una materia y en que la aprenda por el hecho de que es preferible conocer el mundo bajo todos sus aspectos y en todas sus fases antes que ser un ignorante. Y Juancito, trabajando varias horas al día para

poder familiarizarse con sus lecciones, no tardará en descubrir que proporciona inmensa satisfacción el aprendizaje por el deseo de saber: que el método más eficaz de despertar el interés es el de poder llevar a cabo con todo éxito cualquier tarea, por ingrata y difícil que parezca, y su carácter se formará y reforzará irremisiblemente, como corolario lógico de vivir y de pensar disciplinadamente. Pero mucho me temo que he estado soñando con un mundo que nunca llegará a existir. Póseemos el mejor sistema escolar de todo el universo. Vuelve a presentarse una grave crisis mundial y tendremos que construir gran número de barcos de guerra. No podemos pensar por el momento en aumentar los sueldos de los maestros de escuela y tampoco es necesario hacerlo, porque, según lo consignó en inmortal sentencia un legislador del Estado de Massachusetts, cuna de nuestra cultura norteamericana, los maestros son baratos». No queremos establecer comparaciones, que quizá no caben, ni es este nuestro propósito. Glosamos el artículo del profesor de Haas porque enfoca una necesidad que es urgente en muchos países: la dignificación y la autonomía del maestro.

## De *La Prensa Libre*

En una breve conversación que tuvimos hace algunos días con nuestro estimado amigo don Elías Jiménez Rojas, comentámos las disposiciones que la Dirección General de Tráfico, tan acertadamente, ha tomado para disminuir el ruido insoportable que venían produciendo en nuestra capital los claxones de los automóviles y autobuses en circulación.

Nos refirió entonces don Elías que acababa de leer, en un periódico de Francia, un importante proyecto sometido a la consideración de la Academia de Medicina de París, formulado precisamente para combatir los ruidos en aquella populosa ciudad. Solicitámos en esa ocasión a don Elías se sirviera traducirnoslo para su publicación, y él así lo ha hecho. En forma que a seguido podemos ofrecer a nuestros lectores la traducción a que nos referimos, con una frase de comentario que al final de ella ha consignado el señor Jiménez Rojas:

### ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

6 de diciembre de 1938

El señor Tanon, en nombre de una comisión compuesta por los señores Souques, Siredey, Portier, Tanon, Lemaitre y Duhamel, propone a la Academia la aprobación de un proyecto de

*Acuerdo* propuesto por el Touring Club de Francia con el fin de luchar eficazmente contra el ruido. Después de una breve discusión, el señor Tanon precisa que la Comisión no disimula las insuficiencias del proyecto, pero hace ver que conviene adoptarlo sin modificaciones, para no perder tiempo. La Comisión se promete estudiar ulteriormente un proyecto más completo. La Academia adopta este modo de ver.

Tomamos esta noticia de *La Presse Médicale*, de 17 de diciembre último, y copiamos aquí los 5 principales artículos del Acuerdo:

Artículo 1.º—Está prohibido: tocar corneta, tambor y cualquier otro instrumento ruidoso, sin un permiso especial; hacer funcionar sirenas, llamar a gritos al que va por la calle o anunciar mercaderías de un modo parecido, salvo periódicos, sometidos a las disposiciones especiales de la ley de 18 de marzo 1889.

Artículo 2.º—Está prohibida la circulación de motocicletas, automóviles y en general vehículos de motores no provistos de escapes silenciosos.

Artículo 3.º—Está prohibido a los conductores de vehículos el uso de advertidores de sonido ronco o estridente o de sonidos múltiples. El empleo moderado de los advertidores reglamentarios es tolerado entre las 8 de la mañana y las 8 de la noche.

Artículo 4.º—Queda prohibido reventar bom-

bas, fuegos de artificio y armas en la vía pública, en los patios y en los jardines.

Artículo 5.º—De las 8 de la noche a las 8 de la mañana, quedan prohibidos en las calles y en el interior de las propiedades, de las habitaciones y de sus dependencias, todos los ruidos que puedan turbar el reposo o la tranquilidad de los habitantes, tales como los provenientes de fonógrafos, altoparlantes, instrumentos de música y trabajos caseros o industriales o comerciales.

Los propietarios de animales deben tenerlos encerrados herméticamente o aislados de las habitaciones, a fin de que no molesten a los moradores con gritos tales como ladridos, berridos, relinchos, aullidos.

Es igualmente prohibido, entre las 8 de la noche y las 8 de la mañana, el empleo del aparato sonoro advertidor de los automóviles. Estos deberán disminuir la velocidad, ahí donde sea necesario, a fin de que sea inútil el empleo del advertidor.

Dejamos sin copiar el artículo que señala las penas para los infractores.

Es para nosotros una gran dicha el constatar que en todos los grandes centros urbanos se haya llegado a comprender que los hombres desmerecen en las ciudades más por exceso de ruido que por falta de aire o de luz.